

Peñalara por el alto de Guadarrama

JOSE AGUSTIN PAZOS

Artikulo honek 1985.urteko Pyrenaicaren artikulu-lehiaketan trofeoa eta «accessit» delako bat lortu zuen, «ibilbide interesgarri baten deskribapen zehatza emateagatik, harrera egoki batez aberastua».

Contrariamente a lo que es habitual en estas fechas, el tranvía viene prácticamente vacío. Puede que el mal tiempo sea la causa de ello. Algunas gotas de lluvia salpican los cristales del vagón y dificultan la vista de Los Molinos, el último pueblo antes de llegar a Cercedilla, pueblo serrano por excelencia, que hoy, bajo las nieblas de Siete Picos, aparece gris y enigmático.

Los pocos montañeros que viajan hoy, van preparando ya las mochilas. Unos con gestos perezosos despiertan al compañero adormilado tras el trayecto, una hora y media, desde Madrid; otros pliegan el periódico o el mapa apresuradamente, mientras tras la ventanilla suplican que el tiempo despeje, aunque sea por unas horas.

La estación de Cercedilla está vacía. El frío intenso, golpea los rostros y por un momento se echa de menos el tranvía. Paralelo a la línea de RENFE, se encuentra el ferrocarril eléctrico que conduce al Puerto de Navacerrada y Los Cotos, las dos estaciones invernales más importantes de la sierra de Guadarrama. A través de 12 kms., con varias estaciones (Camorritos, Siete Picos, Collado Albo...) recorre un paisaje idílico, en el que el silencio y la soledad se manifiestan en toda su plenitud; pinos, matorral, pequeñas praderas, que salpican el paisaje y ahora se encuentran cubiertas de un grueso manto de nieve.

He perdido ya la noción del tiempo, pero me temo que todo esto va a acabar muy pronto. Estoy a merced de lo que desee esta montaña, de lo que me ordene. Ya no tengo ningún poder sobre ella. Ha invadido todo mi cuerpo y espero, totalmente exhausto que me encierre entre sus montañas y me acoja para siempre.

Quisiera rebelarme, gritarle y maldecirle mil veces lo que ha hecho de mí, pero estoy inmobilizado y de mi boca sólo consigo arrancar leves gemidos.



Foto: Agustín Pazos

Ferrocarril de Navacerrada en Camorritos.

Las nueve menos cuarto. Al llegar a Navacerrada está nevando y el intenso frío obliga a tomar algo caliente. Aunque en la misma estación podemos hacerlo, la «Venta Arias», situada más arriba ofrece mayores posibilidades. Situada entre un conjunto de albergues y chalets-refugio, esta venta es toda una institución en los ambientes montañosos de Madrid-Castilla. Un caldo caliente y una última revisión a las mochilas. Dejando atrás el monumento al montañero, llega el momento de empezar a subir no sin antes haber rechazado los panes, cazuelas de barro, botijos, etc., que nos «ofrecen» en unos puestos instalados junto a la carretera de Segovia. Aunque la ascensión a las Guarramillas puede hacerse, en parte, por una pista forestal que llega hasta la «Bola del Mundo», es más corto y desde luego menos desesperante hacerlo siguiendo la línea del Telesilla, (dije: siguiendo).

Un perrito negro nos viene siguiendo desde que partimos de la estación. Procuramos echarlo, pues tenemos miedo de que le ocurra algo con la nieve y el hielo. Sin embargo no sólo no se va, sino que además nos ha tomado la delantera adjudicándose el papel de guía. Me comentan que el chuchito en cuestión no se despegará hasta que acabemos la marcha. Bienvenido.

La pendiente es pronunciada y, por ser los primeros metros, maltrata las piernas, pero este esfuerzo queda compensado con la magnífica vista que ofrece Navacerrada desde la cima (2.179). Hoy, con una fina lluvia de nieve, la quietud y el silencio son impresionantes. Al frente, Peñalara nuestra meta, desdibujado entre nieblas, apenas perceptible, es un coloso lejano, orgulloso, incluso desafiante. Esa atracción que ejercen las grandes montañas sobre el hombre, se manifiesta ahora como una necesidad vital, un deseo de encuentro y contacto casi maternal.

Hay que seguir. El grueso manto de nieve dificulta el paso. Casi sin darnos cuenta llegamos a la estación de televisión llamada «Bola del Mundo». Está situada en la tercera Guarramilla. No están muy claras las opiniones sobre cuáles y cuántas son las Guarramillas. Haremos caso a Enríquez de Salamanca, cuando sitúa el número en cuatro. La primera en la estación terminal de los telesillas «Guarramillas» y «La Mancha», la segunda junto al telesquí «Arroyo Frío II», la tercera en «La Bola del Mundo» y la cuarta en el punto donde arranca el cordal llamado «Cuerda Larga».

Perdí el piolet. Estoy seguro de que con él habría frenado la caída. Nunca había sentido tal sensación de vértigo tras perder el equilibrio. No lo recuerdo muy bien pero todo iba normal, hasta apoyar el pie en el escalón. Todo mi cuerpo se estremeció. Después caí de espaldas y comencé a rodar

por la pendiente. Buscaba el piolet con desesperación. Inútil. La nieve lejos de contenerme, me lanzaba más y más hacia el vacío. Llegó un momento en que me dejé llevar. Tenía la esperanza, ciega esperanza, de que algún obstáculo frenara aquel terrible descenso. No fue así. Tras aquella aguda pendiente de nieve me esperaba la pradera, invadida de rocas e hielo. Cada vez se acercaba más a mí. Recuerdo cómo gritaba desesperadamente y en el último instante me cubrí la cabeza con las manos. Un golpe seco y crudo.

Hacia calor y el sol había castigado la nieve de tal forma que era realmente peligroso, marchar sobre ella. Perdí el piolet. Estoy seguro de que con él habría frenado la caída...

La Maliciosa con sus 2.227 metros es una de las cumbres más populares de la sierra. Para acceder a ella desde «La Bola del Mundo», el collado del Piornal, es paso obligado. A la izquierda queda el nacimiento del río Manzanares. La capa de nieve es muy gruesa y se camina con dificultad; sin embargo la niebla que existía al llegar a Navacerrada, se ha levantado de forma considerable.

Una vez pasado el collado, tras un suave ascenso, alcanzamos la cima. La visión, un tanto turbia y vaga por las condiciones meteorológicas, no deja de ser impresionante y reconfortante. La cara sur de esta montaña, es especialmente escarpada y constituye un lugar asiduo para la práctica de la escalada

en sus diferentes grados. Sin embargo las laderas de La Maliciosa están hoy solitarias. De la cruz de la cumbre cuelgan unos cáramanos, brillantes, intensos, casi con vida propia. Txutxo se ha sentado a descansar sobre la nieve. No podemos detenernos por más tiempo: las Cabezas del Hierro nos esperan. Volvemos tras nuestros pasos hasta el collado del Piornal y nuestro guía particular marcándonos el camino. Nunca vimos cosa igual.

No se puede abandonar La Maliciosa sin una última mirada. Esta montaña quizás por sus características (distante, aislada, solitaria, inmensa casi monumental), evoca una atracción y aprecio entrañables a todos los guarrameños. Ahora en invierno, saturada de nieve y hielo, se torna enigmática y parece albergar un mundo interior al que nosotros no tenemos acceso.

Me siento realmente inútil. Ni siquiera soy capaz de saber dónde me encuentro. ¿Una sima? ¿Una grieta de hielo? Ayer agoté mi última ración de comida. ¿Ayer o hace una hora? ¿Qué más da! No tengo claro absolutamente nada. Tan sólo tengo la impresión de estar en la antesala de algo. Es una sensación que siento por momentos: euforia, un amargo optimismo, luego, la oscuridad, la sensación de que un inmenso manto negro se va apoderando de mí. Ya no siento los pies, ¿y las manos? Dudo que pueda mover un solo dedo. Me estoy hundiendo cada vez más y soy incapaz de nada; pero lo más terrible es que sigo pensando que alguien puede echarme una mano. Por eso mantengo aún mis ojos abiertos.

Con sus 2.383 metros, la Cabeza del Hierro Mayor es la segunda altura del Guadarrama y forma parte de un inmenso cordal denominado «Cuerda Larga». Una vez en el Collado del Piornal, no hará falta subir de nuevo a «La Bola del Mundo». Bastará con bordear la ladera sur por el Ventisquero de la Condesa y llegar al Collado de las Guarramillas (2.161 m.). De este lugar parte un camino que en dirección Este, nos lleva al cerro de Valdemartín (2.279 m.). Desde este lugar la visión de las dos Cabezas de Hierro es espléndida. En esta zona la niebla se ha levantado del todo y el cielo, azul, ha hecho su aparición, sirviendo de marco perfecto para estas dos montañas imponentes, blancas y salpicadas de motas rocosas. A la izquierda Peñalara se ha ocultado entre nieblas y nubes que amenazan con invadir de nuevo toda la sierra. A nuestros pies, los telesquíes del Noruego y Cotos, inmobilizados por el hielo, a la espera del inicio de la temporada, se asemejan a una barrera psicológica que obliga a desdeñar todo método artificial para acceder a las cumbres. Ha comenzado a soplar un fuerte viento, frío y

directo. Todo es un cúmulo de sensaciones: soledad, una felicidad embriagadora y la amarga realidad de que todo esto es algo pasajero.

Descendiendo por el sendero, apenas perceptible entre la nieve, llegamos al collado de Valdemartín. Junto a él, al N., las Cerradillas, un pequeño glaciar con morrenas de reducido tamaño.

Arriba, la Cabeza del Hierro Menor nos espera. Ahora hay que ascender por un camino directo y de pendiente suave que no ofrece pérdida. En 15 minutos se alcanza la cima. En ella, tan sólo una estaca de madera clavada. La niebla vuelve a cerrarse y nos apresuramos a descender. Txutxo vuelve a tomar la iniciativa. La Cabeza de Hierro Mayor está frente a nosotros. Es cosa de 10 minutos. La razón del nombre de estas montañas reside al parecer en unos filones de hierro encontrados en sus laderas.

En la segunda elevación de la sierra se encuentra la placa que señala el vértice geodésico. La Cuerda Larga continúa: La Pedriza, Puerto de la Morcuera, al fondo La Cabrera. Nos gustaría seguir adelante pero hay que descender. Peñalara, oculto y misterioso se niega a mostrarse por entero. Nos está esperando, con los brazos abiertos.



Foto: J. A. Otriozola

Pinar en Cotos.



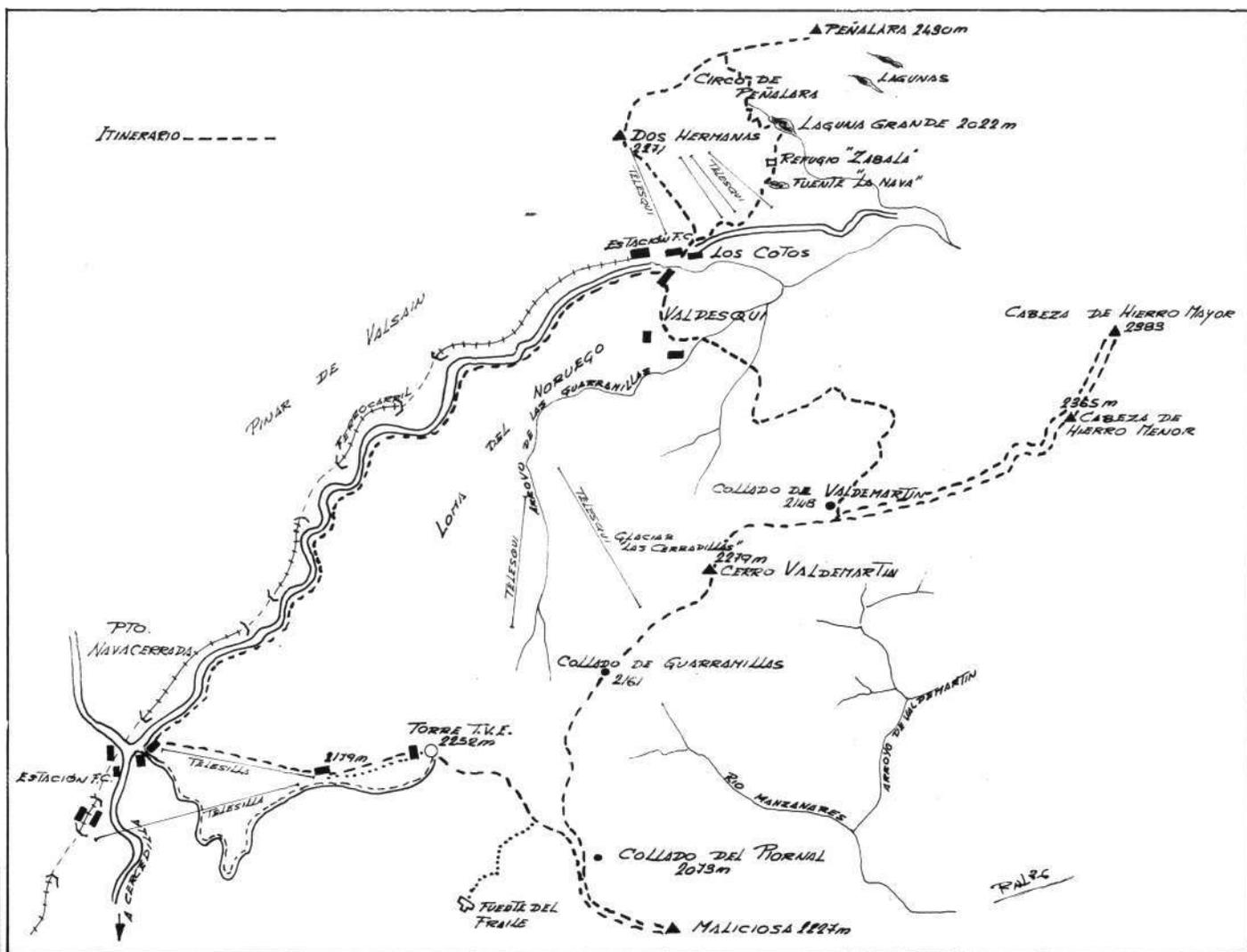


Foto: J. A. Oarizola

Llegan a mi cabeza más y más recuerdos. Mis primeros días en la montaña, mis primeros compañeros, las primeras cordadas... poco a poco todo esto se fue apoderando de mí, hasta convertirse en una obsesión. Presiento que voy a dejar atrás los mejores años de mi vida. Pero, ¿no me habré equivocado de camino?

Para alcanzar la cumbre de Peñalara, cogemos el sendero que desde el collado de Valdemartín, y entre un extenso bosque, nos conducirá al puerto de Los Cotos, punto de partida ideal para la ascensión. Txutxo, por delante, husmea inútilmente entre la nieve. Los copos se le adhieren al hocico constantemente pero a él no parece importarle demasiado. Nosotros le seguimos seguros de que va por la ruta exacta. El tiempo, mientras tanto, empeora por momentos y el viento es cada vez más fuerte.

Antes de llegar a los Cotos pasamos por la estación de Valdesquí, situada en el valle del Noruego. Los edificios, todavía cerrados, se asemejan a simples barracones, aunque dentro de un par de meses se conviertan en instalaciones de lujo. Es cerca del mediodía y llegamos al puerto del Pualar.

En Cabezas de Hierro.



Sobre las cornisas de Peñalara.

Foto: J. Rivas



Cabezas de Hierro.

Foto: J. A. Odrizola

Junto a la Venta tan sólo hay un jeep aparcado. Han empezado a caer unos copos y Peñalara a nuestro pies está siendo sometido a una tormenta. Subimos al puesto de la Cruz Roja, situado junto a la cabina de alquiler y reparación de esquís. Nos aconsejan mucha prudencia. Estamos algo cansados y ante el tiempo que hace, amenazando con empeorar por momentos, dudamos. Sin embargo Txutxo ya ha preparado sus armas de guerra y ha iniciado el ascenso. Se nos queda mirando. Sacamos los piolets; está decidido.

El itinerario ideal consiste en ascender hasta el refugio Zabala, siguiendo la ruta del telesilla y de ahí, bordeando la laguna grande, subir a la cima por el circo; pero debido a las condiciones meteorológicas preferimos andar un poco más y abordar primero a Las Dos Hermanas.

El uso del piolet es imprescindible. El suelo en muchas zonas está prácticamente helado. La visibilidad es casi nula, así que procuramos no apartar la vista del telesquí que con seguridad nos llevará al primer monte; la subida es lenta, pero constante y el disfrute total. Txutxo, incansable, aparece y reaparece entre la niebla. Por fin, y casi de sorpresa, alcanzamos la cima, (2.271 m). El viento y el frío son fortísimos. Penetran hasta lo más profundo del cuerpo. Parapetados entre unos canchales, un poco de cacao con leche caliente. Esto y una pequeña conversación amistosa, deja cualquier organismo como nuevo. Al E., los 2.430 m de Peñalara nos están esperando, más cerca que nunca. Una pendiente suave, mil metros más... Nuestro guía, tal y como nos tiene acostumbrados, llega el primero.

No se puede ocultar un sentimiento de contrariedad, una cierta desilusión, al no poder contemplar la magnífica panorámica que brinda esta montaña. ¡Qué se va a hacer! Nos sentimos muy felices de estar en lo más alto de esta sierra. Junto a la cruz que corona la cumbre, alguien ha recordado a todos los montañeros que han muerto, trabajando en el deseo de alcanzar, aunque en cotas más elevadas, lo que nosotros hemos hecho hoy.

Hemos iniciado lentamente el descenso. Conforme bajamos, la niebla se despeja y optamos por pasar por el circo. Para ello nos desviamos a la izquierda y por una pendiente aguda descendemos. Lo hacemos en zigzag. El piolet siempre entre la mano y la nieve. Los inmensos bloques de piedra que emergen desde la Laguna Grande otorgan al paisaje una apariencia grandiosa, casi extra-

terrenal. La pendiente se agudiza aún más. Llegamos a una pequeña garganta. Txutxo se ha puesto a ladrar como un loco; no quiere líos. Retrocede y da un rodeo. No podemos evitar una sonrisa. Optamos el descenso por la garganta. La Laguna Grande totalmente helada está a nuestros pies. El compañero de adelante va cortando los escalones. El paso es seguro, gracias a que la nieve está muy dura; en algunos lugares, casi helada.

Unos metros al sur del pequeño lago está el Refugio Zabala, de la Federación de Montañismo. Está situado a 2.100 metros y tiene 10 plazas. Los alrededores, entre un impresionante laberinto de rocas están muy descuidados: latas, cristales rotos, etc., todo ello causado por la proximidad del telesilla, las pistas y la mala educación.

Hambriento, sediento, inmovilizado, exhausto... He oído los ladridos de un perro, pero ya no quiero que me ayuden. Estoy muy a gusto aquí. De verdad. Ya no siento frío y aunque he cerrado los ojos para siempre, aún distingo el brillo del hielo y la sucia turbidez de la niebla. No quiero despertarme, ni mucho menos que llegue el día, para ello lucharé con todas mis fuerzas, mis últimas fuerzas. Pero, ¿y si caigo?

Al llegar a Los Cotos observamos un movimiento inusual de gente. Nos acercamos al puesto de la Cruz Roja. A la entrada, sobre una camilla, descansa el cadáver de un montañero cubierto con una manta. Nos dicen que debió de caerse en el circo, junto a la Laguna. —

Nos tememos que ha llegado la hora de despedir a Txutxo. El tranvía nos espera, sin embargo no queremos que termine él sólo el camino hasta Navacerrada. Hacemos un pequeño esfuerzo y le acompañamos por la carretera: 7 kms. rodeados de bosque, el inmenso pinar de Valsain, ofreciéndonos un espectáculo grandioso, invadido prácticamente de nieve.

Al llegar a Navacerrada, otra vez nos ofrecen botijos, panes, etc. Los rechazamos, sobre todo por la pereza que da meterse la mano al bolsillo a estas alturas del día. Bajamos a la estación. El tiempo ha levantado, sin embargo Peñalara sigue oculto entre nieblas. Al entrar en el bar oímos vagamente la sirena de una ambulancia; quisiéramos tomar algo pero el tranvía está llegando. Txutxo mientras tanto se ha colocado estratégicamente junto a la chimenea. No sabe nada el animal. Durmiendo plácidamente se diría que es el ser más feliz del mundo. Se lo tiene merecido. Hasta la próxima, compañero.

Datos orientativos

Trenes:

Tranvías domingos y festivos. Estaciones de Atocha y Chamartín directos hasta Cercedilla. Desde la estación del Norte hasta la estación de Las Rozas, donde se realiza un trasbordo.

Tren de Navacerrada. Estación junto al andén de RENFE.

Salidas por la mañana:
Sólo hasta Navacerrada: 8 de la mañana. Diario. 8 h. 43". Diario. 9 h. 21". Sábados y festivos.
Hasta Los Cotos (pasando por Navacerrada): 10 de la mañana. Diario.

Por carretera:

Desde Madrid, la A-6 hasta Villalba. Desde aquí, coger la comarcal 601 hasta el puerto de Navacerrada.

Desde Segovia, comarcal 601, por San Ildefonso.

Desde Burgos, N-1, desvío en Lozoyuela por la comarcal 604, pasando por Rascafría y Los Cotos.

Tiempos aproximados:

Venta Arias-Bola del Mundo: 45 minutos.
Bola del Mundo-Maliciosa: 45 minutos.
Cerro de Valdemartín-Cabeza del Hierro Mayor: 45 minutos.
Cabezas del Hierro-Los Cotos: 1 hora 15 minutos.
Los Cotos-Peñalara: 1 hora 5 minutos (por las Dos Hermanas).
Los Cotos-Pto. Navacerrada (Comarcal 604): 1 hora.

Refugio Zabala.

Foto: J. Rivas

